

La Agrupación Universitaria del Uruguay, acaba de editar el libro Concurso Cuentos/Poesía 1995 -Premio Caja de Jubilaciones y Pensiones de Profesionales Universitarios-, en el que se publican las obras premiadas.

Tres colegas médicos obtuvieron distinciones en dicho concurso:

el Dr. Carlos Ferrati se hizo acreedor al tercer premio en categoría cuento por "Una cajita llena de terror", el Dr. Nadal Vallespir obtuvo una mención en la misma categoría por "Desde la ventana".

Al mismo tiempo el Dr. Jorge Miranda obtuvo el primer premio en categoría Poesía por su obra "Página 69".

## Una cajita llena de terror

«...y las aguas profundas salvadoras...»

Fue cuando mi madre era más joven que mi hija y tal vez por eso. Soy apenas un niño y no se decir si ella es vieja o no. Tal vez sí, me parece, porque sabe todas las respuestas y yo estoy lleno de preguntas.

Todo era importante en ese entonces, lleno de misterio, inexplicable. No sé si el silencio afuera es tan pesado, o si es que adentro soy todo bullicio. Casi hirviendo. Es imperioso saber más. Si las cosas son o no son. Si «parecen» tal como aparecen y desaparecen. Vertiginosamente. Sin darme tiempo a nada. Soy tan ignorante! El mundo era difícil entonces, más difícil que ahora todavía. No es raro, que a la noche, el temor se convierta en terror.

Como hoy... que me despierto en lo oscuro, luego de soñar que estoy orinando tranquilamente, y me siento en la cama completamente mojado, sudando el pánico frente a la espera de lo que pueda gritar mi madre a ese chico de ocho años, que siempre anda rompiendo vasos y platos. Con manos de manteca. O de madera, torpes. Y la sutil vergüenza de la noche...

Sé que no me pegará, nunca lo hace. Pero esos gritos agudos y estridentes, que rompen los oídos, peores que la peor paliza...

¿Seguirá creyendo que su hijo mayor es perfecto o me abandonará, como hizo mi padre? A los cuatro años no puedo entender por qué ahora tenemos que vivir sin él en Buenos Aires, separados por tanta agua que el barco tarda siglos en cruzar el río. Mi hermano de dos años me pregunta por él y no sé qué decirle. Yo tampoco sé nada. Y la oscura impotencia... Por suerte, por la noche, cuando mamá regresa del trabajo en la frenda, en vez de insistir como al principio en «la responsabilidad», nos trae una barra de chocolate a cada uno. El que la haga durar hasta el desayuno del día siguiente es el triunfador. Podrá dejarse envidiar por la rabia del otro, que no resistió la tentación. Este hermano menor, compañero de incendio, es un tipo raro. Demasiado inteligente y, todavía, demasiado violento.

El día de los fósforos y el gran fuego, no le sirvió ninguna de las dos cosas. Se amontonó contra mis piernas, abrazado, mientras las llamas trepaban por las cortinas, devoraban las frazadas, corrían sobre las tablas del piso. Y la oscura impotencia... El único refugio que nos queda es este rincón del cuarto donde aún el fuego no crepita.

Como ahora... Estoy barbudo. No tengo con qué afeitarme. Me sacan una foto como si me fusilaran contra la pared del gran patio abierto. Debo estar espantoso con los ojos extraviados de incompreensión y esta barba. Los otros presos, tan locos como yo, rodean el círculo vacío entre la máquina y mi desamparo. Rien como si fuera una ocasión festiva. Y la oscura vergüenza de la reja...

Después me di cuenta que no son peores que los de

afuera. Al contrario. Comparten toda la casi nada que tienen, menos los cigarrillos. A la hora de comer se preocupan de que «el nuevo» tenga un pedazo de carne del puchero, que nada escasa por la enorme cacerola. El que organiza todo es El Mudo. Trancado y gutural en el habla elemental, pero la bondad se le escapa por la mirada torpe.

Poderoso. Enorme. Musculado hasta el exceso, el rey de la selva. Bueno con «los hermanos» pero terrible con quien se le oponga de entre «los Otros». Juez justiciero de todo y de todos. Verdugo cuando es necesario, una sola trompada es la muerte. Los guardias le temen.

Lastima que El Ajedrecista lo tentó con lo de la fuga. A los tres días volvieron muy golpeados y todo siguió como si nada.

Suerte que ya estaba otra vez cuando el pobre Solís se puso mal y empezó a decir que yo lo perseguía. Que, cuando durmiera, me mataría. Y tenía un filo. El Mudo organizó una rigurosa guardia nocturna. Uno por noche los hermanos me velaban, sentados en un banquito de hierro derrengado. Mientras el ojo bicentenario del reloj de la torre, que ya había visto morir a tantos, lagrimeaba campanadas hipócritas. De ese modo, lograba dormir algo entre sobresaltos.

De día no había peligro, todos estaban al alpieste. Yo podía llevar la mesa al patio, un banco largo y, bajo el sol inmenso del verano, escribir mientras hubiera luz. Ya se habían acostumbrado y no se inquietaban, aunque siguieran pensando que hablaba de ellos. Las hojas blancas, sus renglones de hormigas, mi concentración y el irse llenando la bolsa de nailon amarillo como otro solcario, los confundían hasta el aturdimiento. No me interrumpían. Hubiera llamado menos la atención, sin embargo, si mi tarea consistiera en degollar animalitos uno tras otro, sistemáticamente.

Enfin, escribir puede salvar el alma.

Nunca supuse entonces que años después, mi concubina, por razones que sólo sabe el demonio quemó en el horno de la churrasquera del fondo aquellas sagradas, sangrantes, hojas testimoniales. El alma que había creído salvar, subió con el humo por la chimenea. Nunca me repuse de esa otra pérdida. La muerte de la palabra es incomparablemente peor que la del cuerpo.

Inútilmente traté de reconstruir los originales. La memoria no tiene pasado. El río pasa y no vuelve. La impotencia fue final y más oscura que las otras veces. Perdido el trabajo, los amigos todos menos uno, la antigua frágil te en mí mismo, sólo me queda seguir el camino de mi abuelo Eudoro, que no llegué a conocer.

Pero no sé cómo hacerlo. Me vendieron las armas y no tengo con qué. Tal vez el mar me sirva hasta ese extremo. Se trata sólo de bajar las dos cuerdas hasta la playa, aguantar el primer y último frío y caminar, caminar. Después, nadar un poco hasta estar bien lejos y nada más. Nada más. Nunca.

Dr. Carlos Ferrati